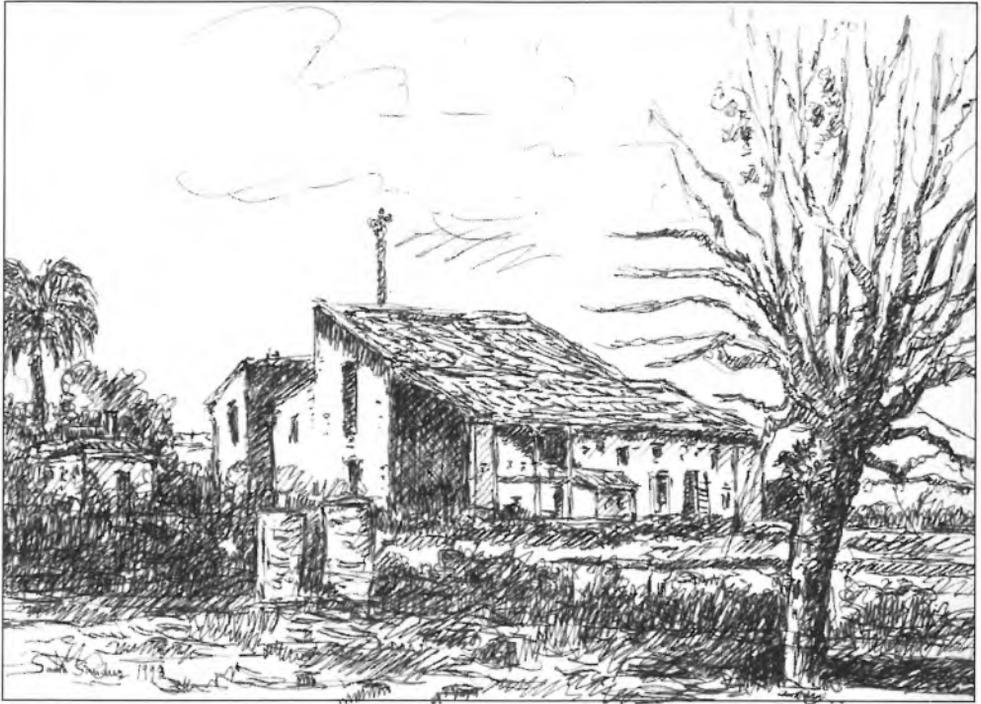


MIS poco más o menos diecisiete años estaban bien desarrollados. Teníamos en nuestra casa como una amplia cochera que familiarmente le llamábamos «el parador» donde se hacía la vida todos los años desde abril a septiembre u octubre. El parador que daba a la calle, tenía unas puertas de doble hoja con una abertura de más de tres metros, para que una vez abiertas transcurriera una corriente de aire ayudado por el fresco rociado de dos o tres veces al día.

Recuerdo el «esperfollo» en nuestro dialectal decir huertano (de perfollla, deshojar las mazorcas, quitar la perfollla a las panochas que nos dice Justo García Soriano en su Vocabulario del Dialecto Murciano) cuya meta estaba en convertir un trabajo monótono y engorroso, casi en un pequeño festín, hasta llegar al rincón de las últimas panochas donde está «el melón». El melón era una sandía por lo general voluminosa tapada por el gran montón de panochas. En el «esperfollo», nosotros los zagalones procurábamos sentarnos durante la faena junto a la zagala que más nos atraía, bien por su belleza, por su simpatía o por su desparpajo. También el rito del «esperfollo» estaba en encontrar las panochas «colorás». Cuando mi tío Pepe sembraba el panizo, ya ponía adrede como un cinco o seis por ciento de granos rojos como la sangre entre la semilla amarilla o blanca —últimamente ha ido desapareciendo la blanca— porque la grandeza del «esperfollo» era una media fiesta para adolescentes en el barrio y cuando de tarde en tarde se encontraba una panocha «colorá» los varones con sorpresa daban un abrazo a su vecina de al lado, enarbolando su panocha como justificación del abrazo. Las mujeres por

el contrario cuando les venía en suerte la «colorá» solían dar el abrazo a otras mujeres por aquello del recato, mientras que, cuando lo recibían de los varones, eso entraba en el reglamento del «esperfollo» con juego limpio, sabiendo ellas a lo que se exponían desde el mismo momento de sentarse a la orilla del montón. Era muy raro que una mujer de aquellos tiempos abrazara a un hombre a no ser que fuese su padre, su hermano o un primo muy cercano y los demás que no éramos de la familia de la agraciada hacíamos el primo, de envidia. En algunos casos era costumbre de pegarle un tiento en pequeñas copas de anís para los hombres y algún licor dulce en las mujeres, pues así el corro se estimulaba creciendo la algarabía del monótono y esforzado trabajo de quitar la camisa panochera. Siempre había un hombre quitando capazos de panochas peladas y de perfolllas que iban estorbando, hombre éste entrado en más años que no estaba en el mundo de los abrazos.

Muchas veces el «esperfollo» duraba dos o tres tardes, porque cuando faltaba poco para alcanzar el melón se vaciaba otro carro y otro hasta acabar con la cosecha. Lo del melón era indicativo de que se había terminado el trabajo y que se acercaba la *fritá* de la asadura, hígado y riñones de cordero con patatas fritas y ajo cabañil que participaban todos los intervinientes, y entonces se organizaba otra semi-fiesta, esto a cambio del ahorro que se producía en jornales para este trabajo, haciendo eso de hoy por mí y mañana por ti que se llevaba en grandes «esperfollos» porque en los pequeños o de poca cantidad de maíz, no era rentable tampoco, ni el melón, ni el anís, ni la merienda.



El «esperfollo» también resultaba atractivo por convertir un trabajo en una semifiesta, donde quizá comenzaban los primeros amoríos que acababan en noviazgo y posiblemente luego en matrimonio y recuerdo a Jeromo con María, a Curro con Antonia y a Ginés con Josefa. Y no hay más pistas. El «esperfollo» ponía a muchas mozas con la cara sonrosada como clavellinas. Luchaban entre el pudor y el deseo, entre la esperanza y «el qué dirán». El «esperfollo» fue el testaferrero, la engañifa o la pantalla para inicio de los primeros flechazos donde tanto el hombre como la mujer se sienten con preocupación de futuro en el intento de cons-

tituir un hogar, aunque modernamente esto se lleva poco en intenciones. El «esperfollo» de aquellos tiempos ha desaparecido con el encanto que tenía. Era un invento obligado de la época para el trabajo comunitario por el ahorro, como el día de la «avienta» en la trilla, y ambos merecen un Réquiem en recuerdo de unas costumbres que las hemos dejado morir gracias al progreso y la técnica, pero sus hechos estaban ahí para estudio de nuestra Antropología cultural, según venimos diciendo, en unas raíces huertanas, de esta Murcia que se nos muere.

Diego Riquelme